

Miradas sobre la Economía Social y Solidaria en México. La economía social: el acento Latinoamericano

Fernández Dávalos, David

2015-03-06

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/355>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

LA ECONOMÍA SOCIAL: EL ACENTO LATINOAMERICANO

David Fernández Dávalos

Las definiciones de economía social pueden ser muchas, y los debates al respecto continúan. Quienes hablan de ella la entienden, en principio, como el conjunto de las actividades económicas y empresariales, que en el ámbito privado llevan a cabo aquellas entidades que persiguen bien el interés colectivo de sus integrantes, bien el interés general económico o social, o ambos. Integra a las mutualidades, a las cooperativas, las asociaciones y a las fundaciones. Se encuentra a caballo entre la economía pública y la economía capitalista. Otros prefieren hablar mejor de economía solidaria y entienden por ella una forma de producción, consumo y distribución de la riqueza (economía) centrada en la valorización del ser humano y no del capital. Tiene una base asociativa y cooperativista, y se dirige a la producción, consumo y comercialización de bienes y servicios de manera autogestionada, teniendo como finalidad la producción ampliada de la vida. Ambas conceptualizaciones tienen en común que preconizan el trabajo como un medio de liberación humana dentro de un proceso de democratización económica, y pretenden crear así una alternativa a la dimensión alienante y asalariada de las relaciones del trabajo capitalista.

El ámbito de las alternativas de estos procesos económicos engloba desde microiniciativas llevadas a cabo por grupos sociales marginalizados, buscando reconquistar algún control sobre sus vidas y bienes, hasta propuestas para una coordinación económica y jurídica de ámbito internacional destinada a garantizar el respeto a patrones básicos de trabajo decente y de protección ambiental, nuevas formas de control del capital financiero global, así como tentativas de construcción de economías regionales basadas en principios de cooperación y solidaridad (Santos, 2009).

Para fines de este artículo la idea general que queda ya esbozada con las dos definiciones a que hemos aludido, es suficiente. A ese universo de dinámicas y entidades nos referiremos cuando hablemos de economía social y solidaria (ESS). Por ahora no requerimos una mayor precisión al respecto.

Lo que nos interesa, en cambio, es problematizar la idea de que este tipo de economía y sus entidades pueden ser una alternativa a la economía capitalista, cosa que se afirma con mucha facilidad. Y si lo son, ¿en qué sentido? La ESS se plantea como una herramienta para combatir la pobreza y crear mejores condiciones de vida y de trabajo para los sectores populares. Igualmente se habla de que genera relaciones de producción distintas a las relaciones alienadas del capitalismo. Pero, ¿es esto cierto? ¿Realmente lo hace? Su necesaria limitación a una parte minoritaria de la población, aquella que se encuentra directamente vinculada con sus empresas, ¿la justifica plenamente? Particularmente en América Latina, donde las peores consecuencias del sistema capitalista se hacen evidentes y se generalizan, ¿qué otras finalidades podría tener? ¿Cuál es la diferencia entre la ESS europea y la latinoamericana, entre una de los países centrales y otra de los periféricos o colonizados? ¿Pretendemos aquí en Latinoamérica lo mismo que las grandes empresas cooperativas de alcance transnacional como Mondragón y otras más?

De esto trata el presente ensayo. Intenta ser un abordaje polémico y provisional, desde una perspectiva de izquierda revolucionaria latinoamericana, con el propósito de generar discusión y abrir perspectivas a la ESS de la región. Como dice Boaventura de Sousa Santos, se trata de “generar un pensamiento alternativo sobre las alternativas”. Hay que polemizar para que los conceptos no queden impermeabilizados o sin fisuras.

NUESTRA DIFERENCIA

De entrada, conviene dejar asentado que la diferencia de un abordaje como el que proponemos está en postular como finalidad última de la promoción de la ESS y de un sector de economía social en el país, la “Idea eterna” de la política igualitaria-revolucionaria para el conjunto social –con sus componentes de igualdad, control severo de la transgresión a esta idea, voluntarismo, confianza

en el pueblo—, cimentada en un estado revolucionario.¹ Sólo de esta manera, en nuestra noción, la ESS puede ser una alternativa real frente al capitalismo.

Esto quiere decir que no hemos abandonado la pretensión de impulsar la igualdad social en nuestros países, de carácter estructural y con instituciones nacionales e internacionales que la promuevan y sancionen. Entendemos así que promover las organizaciones y empresas de la ESS puede ser un camino adecuado para avanzar en esa dirección. No es nuestra intención confirmar y congelar las diferencias de clase, sino superarlas. Esta es una intencionalidad que colorea en principio la razón de ser de nuestras empresas.

LAS POSTURAS DE LA IZQUIERDA ACTUAL

El signo más claro del triunfo ideológico del sistema capitalista y, por tanto, del abandono del ideal de encontrar formas sociales alternativas, más igualitarias, es la práctica desaparición en las últimas décadas del propio término “capitalista”, dice Slavoj Žižek. Y en efecto, ya nadie habla de capitalismo porque lo da por hecho, como el *ethos* natural en el que se desenvuelven todas las actividades humanas. Ante esta hegemonía del capitalismo global, con su contraparte política de la democracia liberal, las izquierdas han reaccionado de distintas maneras. Las principales maneras de hacerlo, sin embargo, han sido las siguientes:

La aceptación incondicional de este marco: seguir luchando en pro de la emancipación, respetando las reglas de ese marco (la tercera vía de la democracia liberal; los *chuchos* del Partido de la Revolución Democrática [PRD], por ejemplo).

La aceptación de este marco como algo que perdurará, pero a lo cual hay que oponerse, alejándose de su ámbito de acción y actuando desde sus márgenes e intersticios (comunidades alternativas, cooperativas totalizantes, etcétera).

La aceptación de la futilidad de toda lucha, mientras se aguarda el estallido de la “violencia emancipadora”.

La aceptación de la futilidad temporal de la lucha. Lo único que es posible hacer hasta que se produzca la renovación del espíritu revolucionario es de-

¹ La definición y sus componentes son de Alain Badiou.

fender lo que queda todavía del Estado de bienestar, bombardeando a quienes están en el poder con demandas que, como se sabe, no pueden hacer realidad, y, además, retirándose a los estudios culturales, donde es posible continuar calladamente el trabajo de crítica (sectores académicos de izquierda, grupos anti-mundialización, simpatizantes de las luchas indígenas y ecológicas).

Creencia en la posibilidad de socavar el capitalismo global y el poder estatal, pero no atacándolos directamente, sino convirtiendo las costumbres cotidianas –donde es posible “construir un nuevo mundo”– en el nuevo campo de batalla; así los fundamentos del poder quedarán paulatinamente socavados y, llegado cierto punto, el Estado se derrumbará (el zapatismo de las comunidades autónomas, el comercio justo, el decrecimiento en el consumo, etcétera).

Un giro “posmoderno”, que hace pasar de la lucha anticapitalista a las múltiples formas de la lucha político-ideológica por la hegemonía y la liberación de sectores oprimidos (luchas de la diversidad sexual, de género, ecología, interculturalidad).

Por supuesto, esta tipología es sólo eso: una tipología que permite, en la realidad, la combinación de distintas posiciones y estrategias.²

Pero, ¿en dónde, de todas estas posibilidades, se sitúa la promoción de las organizaciones de la economía social y solidaria? ¿En todas por igual? ¿En alguna de ellas preponderantemente?

En estos momentos en que parece no haber alternativa al sistema capitalista, se hace preciso realizar un intenso trabajo conceptual por parte de quienes nos proponemos actuar desde un horizonte diferente, de carácter popular y emancipatorio, porque la ideología de la clase dominante está representada en la ideología espontánea, mientras que las clases populares deben formular sus propios intereses, conceptos ideológicos, su cosmovisión.

LA AMBIGÜEDAD DE LAS ORGANIZACIONES DE LA ESS Y EL SESGO DE CLASE

Es innegable que las empresas de la ESS ponen directamente en cuestión el paradigma del desarrollo y del crecimiento económico infinito y la lógica de la

² Esta tipología está basada en otra que propone Slavoj Žižek en *En defensa de causas perdidas*. Madrid: Ediciones Akal, 2011, p. 346.

primacía de los objetivos de acumulación sobre los objetivos de distribución que sustentan el capitalismo global. Y esto en cualquier latitud del planeta. Sin embargo, eso no las convierte automáticamente en una alternativa al capitalismo dado su alcance limitado, sin repercusión en lo estructural global, o bien por su inserción funcional minoritaria en el mismo.

Por esto, una primera consideración que conviene hacer al respecto es que hay diferentes tipos de organizaciones y empresas de la ESS. Las hay plenamente funcionales al sistema hegemónico, interesadas sólo en el beneficio de sus agremiados, al margen de las consecuencias sociales, ecológicas y políticas de su actividad, y las hay aquellas preocupadas por el impacto global de su acción económica, más allá de sus intereses inmediatos. Así, la pregunta última sobre la economía social versa en realidad acerca de su carácter específico (su contenido social), independientemente de su forma organizativa o de acción colectiva.

Para precisar mucho más lo que intentamos decir, va un ejemplo con respecto al contenido político de los procedimientos democráticos formales.

La dictadura del proletariado –decía Rosa Luxemburgo– consiste en el modo en que la democracia se utiliza, no en su abolición. Dictadura no es lo opuesto de la democracia, sino el modo de funcionamiento subyacente de la propia democracia. Hay un “sesgo de clase” inscrito en el marco procedimental vacío de la democracia. Lenin señala que es la propia forma del estado democrático-burgués, la soberanía de su poder en sus presuposiciones político-ideológicas, que entraña una lógica burguesa. Por eso, cuando los izquierdistas radicales llegan al poder por medio de las elecciones, su signo de reconocimiento es que “intentan cambiar las reglas”, transformar no sólo los mecanismos electorales y otros instrumentos estatales, sino también toda la lógica del espacio político (basarse directamente en el poder de los movimientos que han movilizado, imponer diversas formas de autoorganización local, etc.); en suma, que para garantizar la hegemonía de sus bases, actúan conforme a una intuición correcta sobre el “sesgo de clase” de la democracia.

Wallerstein llama a este “sesgo de clase” selectividad estructural, y señala que todo Estado tiene esta selectividad hacia la clase que ha sabido posicionarse en el conflicto social.

De esta misma manera, un planteamiento de la economía social y solidaria desde las clases populares y sus intereses, supone imprimir un “sesgo de clase”

–una selectividad estructural– a la misma que, conforme se fortalece, va cambiando las reglas del juego económico, basándose directamente en el poder de los sectores populares organizados colectivamente, en la presión sobre el Estado y en el peso económico mismo de estas organizaciones.

Este “sesgo de clase” es el poder de la universalidad en el que aquellos que son los nada, los nadie, marcan la pauta; es la intrusión directa de la universalidad en el ámbito político. Y desde la Grecia antigua eso se llama justamente democracia. Política y democracia son, en este sentido, sinónimos: el objetivo básico de la política antidemocrática es y fue siempre, por definición, la despolitización, la exigencia de que las cosas “han de volver a la normalidad” y de que cada individuo se dedique a su trabajo. Nuestra labor, entonces y al contrario de una lógica puramente economicista, es la de la politización de la ESS, la introducción de la lógica igualitaria y de lo popular en su funcionamiento. Es hacer caer en la cuenta que, como dijo Saint-Just, “Todos los reyes son unos rebeldes y unos usurpadores”, es decir, que no hay rey legítimo opuesto al usurpador, puesto que ser rey es en sí mismo una usurpación, en el mismo sentido en que para Prudhon, la propiedad como tal es un robo (Zizek, *op. cit.*: 426).

Adicionalmente, las formas auténticas de la ESS con sesgo de clase, son revolucionarias, en el sentido en que son tanto emancipadoras como “genéricas” en cuanto radicalmente igualitarias y no identitarias.

LA POSIBILIDAD DE GESTAR AL SUJETO REVOLUCIONARIO

Sólo si hay sujeto revolucionario puede producirse un acontecimiento revolucionario, que transforme radicalmente la sociedad. Entre los interesados objetivamente en generar empresas de la ESS están los pobladores pobres de la ciudad y del campo. Ellos son literalmente “parte de ninguna parte” (Badiou), el elemento “supernumerario” de la sociedad, excluido de los beneficios de la soberanía; los desarraigados, los desposeídos, aquellos que de verdad “nada tienen, excepto sus cadenas”. Son “libres” en el doble sentido de la palabra: están “liberados” de todo vínculo social y moran un espacio libre, en el que el Estado no se encuentra presente, y que es autogestionado; son un grupo enorme –60% en México– y son cada vez más el *homo sacer*, los muertos en vida creados sistemáticamente por

el capitalismo global. Son la contraclase de las otras clases sociales en ascenso. Pueden ser el eje de la lucha social, en alianza con la parte progresista de la “clase simbólica” (directivos, periodistas, profesores universitarios, relaciones públicas, etc.). Pueden surgir en su ámbito nuevas formas de conciencia social que atiendan a la índole económica de la explotación capitalista.

A propósito, conviene hacer una reflexión marginal: en el contexto de las luchas emancipadoras nacionales, los campesinos mexicanos empobrecidos se reinventaron como pueblos “indígenas”. Esto es positivo, sin duda: la lucha se mantiene en contra del opresor y el explotador. Sin embargo, esto mismo es evidencia de que la ofensiva ideológica neoliberal ha hecho que cualquier referencia directa a la explotación económica sea insostenible e ineficaz: en nuestra época “pospolítica” parece que sólo es posible formular una queja en el orden de las exigencias culturales y/o étnicas: los obreros explotados se convierten en inmigrantes cuya “alteridad” queda oprimida, etcétera. Según Žižek, el precio que pagamos por esta operación es, como mínimo, una pequeña mistificación ideológica: lo que los campesinos pobres defienden se presenta como su identidad sustancial “natural” étnica. Sin embargo, en realidad, la opresión “madre” que los subordina, explota y permite su discriminación, es la económica, “de clase”. Cuando menos, las luchas emancipadoras deberían estar igualmente involucradas con una política de equidad (redistribución) y con una política de la diferencia (reconocimiento) (Santos, 2009).

BUSCAR LAS REFORMAS SUSTANTIVAS

Una estrategia transformadora debe abrirse camino con sagacidad entre, por un lado, el impulso desde las organizaciones de la ESS de reformas “menores” que acaben conduciendo a un derrumbamiento total (hay que recordar aquí a Mao y su desconfianza a las mínimas concesiones a la economía de mercado que, hemos visto, tenía fundamento) y, por otro las reformas “radicales” que a la larga no hacen sino fortalecer al sistema (el *New Deal* de Roosevelt, entre otros). Esto plantea la necesidad permanente de discernimiento sobre las reformas que son sustantivas, independientemente de su alcance y tamaño, y plantea también preguntas sobre la “radicalidad” de las diversas formas de resistencia: a menu-

do una reforma legal mínima únicamente dirigida a que el sistema se ajuste a los objetivos ideológicos que profesa, puede ser más subversiva que el cuestionamiento manifiesto de los presupuestos básicos del sistema. Esto permite situar la promoción de la ESS dentro de una política de “diferencias mínimas” (Badiou): saber identificar y centrarse en una medida (ideológica, legislativa) mínima que, *prima facie*, no sólo no cuestiona las premisas del sistema, sino que hasta parece aplicar sus propios principios a su funcionamiento real y, por tanto, volverlo más coherente consigo mismo. Sin embargo, una “visión de paralaje” crítico ideológica nos lleva a conjeturar que esta medida mínima, aunque no perturbe en forma alguno el modo explícito de funcionamiento del sistema, en realidad “se mueve por el subsuelo”, introduce una grieta en sus fundamentos. Y ésta es la lógica de la ESS que pretendemos en América Latina.

El verdadero acto transformador es una intervención que no actúa sólo dentro de un trasfondo dado, sino que altera sus coordenadas y por tanto, lo vuelve visible como trasfondo. Así pues, en la política contemporánea, algo imprescindible de un acto es que altere la categoría de trasfondo de la economía volviendo palpable su dimensión política. Recuérdese la mordaz observación de Wendy Brown: “Si el marxismo tuvo algo de valor para la teoría política, ¿no era la insistencia en que el problema de la libertad estaba contenido en las relaciones sociales implícitamente declaradas “apolíticas” –es decir naturalizadas– en el discurso liberal?” (Brown, 1995: 414). Nosotros hacemos economía social para hacer comprender que las reglas del juego económico en el que nos desenvolvemos están cargadas en favor de las empresas transnacionales y del capital financiero, y eso debemos hacerlo visible. No hay neutralidad económica ni libre mercado porque el campo económico está dominado por los poderosos, es profundamente político.

LA GENERACIÓN DE UNA NUEVA CULTURA

Toda revolución abarca dos aspectos diferentes: el de la revolución fáctica y el de la reforma espiritual, es decir, el de la lucha real por el poder estatal y el de la lucha virtual por la transformación de las costumbres, de la sustancia de la vida cotidiana. En este último aspecto, mientras se van generando las condiciones

para alcanzar el primero, las organizaciones de la economía social y solidaria tienen un papel fundamental que jugar.

La izquierda posmoderna reprocha a los marxistas leninistas tradicionales centrarse en el poder estatal, en la toma del poder estatal. Sin embargo, los diversos éxitos obtenidos en la toma de ese poder fracasaron a la hora de lograr sus objetivos. Por esto, sostienen que la izquierda debería adoptar una estrategia diferente, aparentemente más modesta pero, de hecho, mucho más radical: apartarse del poder del Estado y centrarse en la transformación directa del propio tejido de la vida social, de los usos cotidianos que sustentan la estructura social (John Holloway). Por eso la importancia de movimientos en pro de los derechos de las personas homosexuales, de los derechos humanos, etcétera. El problema está en que estos movimientos se apoyan, como la ESS, en aparatos estatales, que no sólo son destinatarios de sus exigencias, sino que, además, proporcionan el marco para su actividad (la vida civil estable).

Por ello no puede haber ningún gobierno sin movimientos sociales, como decía Toni Negri, pero tampoco puede haber ningún movimiento social sin gobierno, es decir, sin un poder estatal que sustente el espacio de los movimientos sociales. La estrategia, por tanto, es doble: quienes transforman la realidad son los movimientos sociales, pero quien les permite desarrollarse es el Estado. Por eso la lucha por el poder del Estado –electoral o por la vía de la acción revolucionaria–, no puede dejarse de lado. Y para que eso sea posible, se requiere la creación, desarrollo y fortalecimiento de los movimientos sociales, así como de la paciencia revolucionaria.

LA PACIENCIA REVOLUCIONARIA

La política de las “diferencias mínimas” a la que aludimos arriba, y la creación de una cultura alternativa, han de complementarse con la paciencia –no quietista, sino activa– que realiza la contemplación calma de los detalles de las situaciones, los estados y los mundos para tratar de descubrir puntos débiles ocultos por la ideología en la arquitectura estructural del sistema estatista (Johnston), en los que puede surgir el acontecimiento transformador. Es decir, la promoción de la organización popular económica y política debe completarse con la preparación

y capacidad para discernir el momento en que se acerca la posibilidad de un cambio sustantivo, y modificar en ese momento la estrategia, asumir el riesgo y participar en la lucha total. Las grandes repercusiones no llegan por sí mismas: hay que preparar pacientemente el terreno, pero además no hay que dejar escapar el momento en que ese Gran Cambio resulta posible.

La paciencia que se requiere no es sólo la que espera, sino también la que pierde batallas para ganar la guerra. Nunca será el tiempo propicio para el acontecimiento revolucionario, la situación nunca está lo “bastante madura” para un acto revolucionario, el acto es siempre, por definición, “prematureo”. Y la maduración no está a la espera de circunstancias “objetivas” para alcanzar la madurez, sino de la acumulación de las derrotas.

Zizek habla de que los liberales progresistas de nuestro tiempo se quejan de que les gustaría formar parte de una revolución pero, por más desesperadamente que lo buscan, sencillamente “no lo ven”. Sin embargo, la actitud de estos liberales es parte del problema: si uno espera a “ver” un movimiento revolucionario, éste, desde luego, nunca surgirá y nadie lo verá jamás. “Ver” y “desear” están inextricablemente vinculados. El potencial revolucionario no está allí para que se lo descubra como un hecho social objetivo: uno “lo ve” sólo en la medida en que lo “desea” (se compromete con el movimiento)

LA SUSTRACCIÓN DEL CONTROL DEL ESTADO

Nada de lo dicho es posible si no hay una política consciente de sustraerse del control del Estado. Como hemos visto, no podemos llevar una política revolucionaria ni fuera del marco del Estado ni dentro de él. Alain Badiou habla de que hay que hacerla “a cierta distancia” de la forma estatal, afuera, pero no en un afuera destructivo de la forma estatal, sino cuestionándola, no para destruir al Estado, sino para mejorarlo o atenuar su aspecto maléfico. La forma que adopta el poder estatal no es accesoria, sino crucial.

A “cierta distancia del Estado” significa con independencia y autonomía del mismo; y esto quiere decir, entre otras cosas, que la política propia no está estructurada o polarizada en torno a una agenda, a un calendario y a unos plazos fijados por el Estado. Corre, en cambio, entre la sustracción democrática pura,

despojada del potencial revolucionario, y una negación puramente destructiva (“terrorista”). La sustracción, la cierta distancia, debe crear un nuevo espacio. Y esto sucede cuando socava las coordenadas del propio sistema del que se sustrae y golpea en el punto de su sostén estructural. Hay que hacer una sustracción del campo hegemónico que, al mismo tiempo, intervenga enérgicamente en él y lo reduzca a su oculta diferencia mínima.

Estas formas de economía social y solidaria han de situarse, pues, con una nueva política, a cierta distancia del Estado de suerte que pueda constituirse en una política de resistencia al mismo, que lo demande constantemente y denuncie las limitaciones de los mecanismos estatales.

Si el Estado sólo fuera un aparato administrativo, se entiende que pueda haber una distancia total del mismo, tipo Zonas Autónomas; pero si el Estado es un proceso social que refleja el estado de la conflictividad social, la distancia con el mismo tiene que ser mucho más matizada.

Según Critchley para acabar con el Estado capitalista hay que bombardearlo con exigencias “infinitas”, que quienes están en el poder no pueden satisfacer. Pero la historia muestra, más bien, que lo verdaderamente subversivo es bombardearlos con exigencias precisas y finitas, seleccionadas estratégicamente, ante las que no quepa aducir ninguna excusa.

A la larga y siendo más optimistas, es posible ir creando lo que algunos revolucionarios llaman territorios liberados que presionan y transforman al Estado. Las organizaciones de la ESS pueden ser el fundamento para ello: organizaciones políticas de base económica que puedan contar con “un lugar propio” y que funcionen como puntos blancos, como vacíos, en el mapa oficial de un territorio estatal, con autogobierno, aunque estén incluidos *de facto* en un Estado por sus vínculos económicos, el crimen organizado, etcétera

Creo que las organizaciones de la ESS pueden constituir uno de los principales horizontes de la política del futuro. La principal tarea que tenemos es hacerlas sostenibles, politizarlas –organizarlas y disciplinarlas–. Es resistir al poder estatal, sí, pero también írselo apropiando.

UNA CONCLUSIÓN: LA TAREA REVOLUCIONARIA
NO HA PASADO DE MODA Y ES IMPERATIVA

La situación es desesperada para los pueblos del mundo y para los trabajadores, especialmente en el momento actual de la crisis global. No parece haber caminos claros para avanzar desde una postura popular alternativa hacia rumbos distintos. La ideología dominante marcha en contra nuestra. Pero eso mismo nos da una peculiar libertad para experimentar. Basta con deshacerse del modelo determinista de las “necesidades objetivas” y las “fases” obligatorias del desarrollo, preservar un mínimo de antideterminismo: nunca está todo predeterminado en una “situación objetiva”. Siempre queda espacio para un acto verdaderamente transformador; no basta con esperar pacientemente al “momento adecuado” de la revolución. Si uno se limita a esperarlo, nunca llegará, pues hay que empezar con intentos “prematurados” que, con su propio fracaso crean las condiciones (subjetivas) del momento adecuado. Recuérdese el lema de Mao: “de derrota en derrota hasta la victoria final.” Debemos olvidar sin más la preñoción de que el tiempo lineal de la evolución está “de nuestro lado”, de que la Historia obra a nuestro favor.

La distinción inglesa para decir “meta” puede ayudar a lo que queremos decir. El anticapitalismo no puede ser el *goal* inmediato de la actividad emancipadora de la ESS, pero debería ser su *ultimate aim*, el horizonte de toda su actividad. Aquí está Marx presente: aunque la esfera económica parece “apolítica”, es ella el secreto punto de referencia y el principio estructurador de las luchas políticas. Por eso, *El Capital*, la obra cumbre de Marx, era una crítica de la economía política.

Los sistemas alternativos de producción económica pueden ser un área fundamental para construir gradualmente una globalización contrahegemónica en las próximas décadas. La fórmula aquí esbozada apenas, de proceder desde la idea universal de la igualdad, imprimir un sesgo de clase a las empresas de la ESS, apoyar la organización de los pobladores pobres y excluidos, facilitar su politización, generar una nueva cultura no capitalista, esperar activamente la oportunidad de un cambio sustancial desde una posición de independencia y autonomía del Estado, y acompañarse de luchas que busquen controlar a este último, puede constituir justamente la peculiaridad latinoamericana de la ESS, al mismo tiempo que transparenta la pretensión final que tenemos al promoverla.

Queremos recuperar y valorar los sistemas alternativos de producción, de las organizaciones económicas populares, de las cooperativas obreras, de las empresas autogestionadas, de la economía solidaria, que el capitalismo hegemónico desacreditó y ocultó. Y queremos hacerlo desde una concepción abarcante y profundamente política de la “economía”, en la que incluimos objetivos como la participación democrática, la sustentabilidad ambiental, la equidad social, racial, étnica y cultural, la solidaridad transnacional (Santos, 2009) y, también, ¿por qué no?, la acción antisistémica.

BIBLIOGRAFÍA

- Santos, Boaventura de Sousa (2009). *Una epistemología del Sur*. México: Siglo XXI-Coediciones.
- Zizek, Slavoj (2011). *En defensa de causas perdidas*. Madrid: Ediciones Akal.
- Brown, Wendy (1995). *States of Injury*, Princeton (NJ): Princeton University Press, citado por Zizek, *op. cit.* p. 414.